

ellas; pero, enseguida, la idea de meterse en una casa y de soportar los obsequios consiguientes á la festividad del día, le hizo variar de opinión. Quedaron formando corro con él, al resguardo de la sombra que un tenducho proyectaba, casi todos los hombres.

■■■■■■■■■■

XXIX

Se habló del sermón, que había venido á predicar un canónigo de Levantina; de la *cordá* ó fiesta de pólvora preparada para la noche y que prometía ser de órdago; de la procesión, y, por fin, de política. Juan escuchaba distraído, atendiendo principalmente al espectáculo de la plaza y contestando casi con monosílabos á las preguntas que le hacían. Cuando oyó sonar los nombres de Sagasta, Romero, Silvela, etc., todavía se distrajo más. El tema le fastidiaba soberanamente y lo rehuía, sobre todo con la gente del pueblo, porque no cesaban de apelar á su juicio y á su experiencia de cortesano para satisfacer la curiosidad, ó encontrar apoyo á las respectivas opiniones.

El cirujano era escéptico en esta materia, lo cual quiere decir que votaba por quien, en cada momento, convenía más á sus intereses. Cuando se le argüía, contestaba recordando la frase de un antiguo pedáneo de Villamar, labrador adinerado,

metido por fuerza en la política, el cual, preguntado cierta vez, allá por los años anteriores á la Revolución de 1868, á qué partido pertenecía, respondió, expresando su suprema indiferencia:

— Dicen que soy de la Unión.

Ahora, el cirujano usaba, además, argumentos de otro género, hijos de lecturas periodísticas recientes.

— No me habléis de política: administración, fomento de los intereses morales y materiales, eso es lo que hace falta. A nosotros, por ejemplo, ¿qué es lo que nos importa? Pues una ley rural; policía rural, para que no nos saqueen los huertos y los plantíos; la vuelta al pueblo de los montes de esparto; mucha agua para regar, y como condición de que todo eso se cumpla bien, que nos den autonomía, que formemos un Ayuntamiento nuestro, de los de Villamar sólo.

— En eso estoy conforme — saltó el alcalde, que tenía sus miras para lo futuro. — Así como estamos no podemos seguir. Los de Levantina no nos hacen caso ninguno. ¡La saliva que yo trago cada vez que voy á la ciudad!

— Eso tiene arreglo — observó el padre del Estudiante, que no podía ver á su pariente. — Deja la vara si tanto te incomoda.

— ¡No es eso, hombre! — repuso el alcalde sarcónicamente. — ¿Qué más da que la tenga yo que tú, pongo por caso? La cuestión es que allá no nos atienden poco ni mucho.

— Pues yo creo que perderíamos con ser inde-

pendientes — dijo el maestro, á quien la idea le parecía mal por ser del cirujano y, un poco también, porque temía por su sueldo, si quedaba á merced de los de Villamar. — Ahora, esas otras cosas que aquí se decían, ya llevan otro camino. Lo del agua, por ejemplo, es capital. Sin agua no hay agricultura, y el pantano, tal como está, no sirve para mucho.

— ¿Y cómo cree usted que se remediaría eso, don Federico? — dijo de pronto Juan, á quien la palabra «pantano» había hecho volver de su distracción.

— No sé qué decirle á usted — contestó el maestro. — El asunto necesita saber más de lo que yo sé de esas cosas; pero los males presentes, esos los sentimos bien todos.

— Mire, don Juan — interrumpió el cirujano. — Usted ha visto que hemos tenido un verano muy seco. No ha llovido arriba de cuatro días y, para eso, de tormenta, una ó dos horas; total, nada. Pues ya tiene usted el pantano en las últimas. La dula viene mermada, los albaes valen la mitad y en la última martava he gastado yo, para regar una tahulla, tantos minutos como en tiempo de abundancia para regar diez ó quince. Y además, el agua, por las nubes de cara.

— ¿Y usted sabe eso en qué consiste? — preguntó Juan que por momentos se iba exaltando interiormente.

— En las condiciones del clima — dijo el maestro — y en la falta de arbolado en los montes.

— ¡No señor! — exclamó Juan. — Consiste en el agua vieja. Si el volumen total de agua que forma las dulas perteneciese á los labradores, á la tierra, todos tendrían bastante.

La observación cayó como una bomba en el grupo. Todos ellos se habían visto, más de una vez, en la necesidad de comprar agua vieja, suplementaria de sus albales; les molestaba esta dependencia á veces, cuando los precios subían mucho; pero nunca habían considerado la cosa tan grave como Juan pretendía. Y ahora, parecían que el señorito tenía razón, que debía ser así.

— El remedio es sencillo — continuó Juan. — Hay que acabar con el agua vieja, que suprimirla, que expropiarla. Verán ustedes entonces cómo se regulariza el riego y el pantano sirve.

— Recuerdo — dijo el cirujano, que era el de más edad de los presentes — que siendo yo niño se habló de eso en Villamar, en Samanet y en todos los pueblos de la llanura.

— ¿Que si se habló? — exclamó Juan. — ¡Pues si esa es la historia eterna de estos campos, la lucha entre pobres y ricos, entre cultivadores y no cultivadores, desde tiempo inmemorial! Sólo que antes había empuje, había alma para la pelea y ahora los hombres no se mueven aunque les vaya en ello el pan de cada día. El labrador se ha convertido en un borrego.

— Bueno, sí, don Juan, puede que tenga usted razón — dijo el alcalde, á quien el latigazo pareció haber producido cierto desasosiego. — Los tiempos

no son los mismos, y ahora, el que más y el que menos se mira mucho antes de meterse en un lío de esa naturaleza.

— Precisamente es lo que yo digo — repuso Juan, que sin darse cuenta iba levantando la voz y personalizando la discusión. — Que no tienen ustedes coraje para hacer lo que sus abuelos hicieron.

— Como coraje — observó el maestro, — no crea usted que falta en Villamar. Pero hace falta saber si valdría la pena gastarlo para luego quedarse con tres palmos de narices.

— ¡Ah, eso no, don Federico! — replicó Juan. — Que la gente se moviera de veras y ya le diría yo á usted de quién era el triunfo.

— Yo creo que puede ser verdad eso que dice el señor — apuntó el padre del Estudiante. — Pero también digo que hay que andar con tiento.

— ¡Pero si son ustedes la mayoría! — exclamó Juan.

— Conforme — dijo el alcalde. — Pero somos los peor armados. ¿Quién nos defendería y cómo nos defenderíamos en la ciudad y en Madrid? En cuanto empezaran las instancias y los papeles, ¡figúrese la de recomendaciones que harían jugar los otros! Nos darían cien vueltas...

— Eso sería según procedieran ustedes. Si enseñaran un poco los dientes y los puños, se mirarían un poco — interrumpió Juan, lanzado ya á todas las impetuosidades de su carácter.

— ¡Ay, ay, don Juan! Eso es más gordo — dijo

el Estudiante, que hasta entonces había callado sintiendo vacilar sus ideas, pero inclinándose mucho, por el prestigio de Juan, á lo que éste decía. — Nos reventarían de mil maneras: la contribución, los consumos, ¿qué sé yo?, y al cabo, la Guardia civil.

— Ya sería algo menos — insistió Juan. — Pero en fin, el caso es éste: ó se conforman ustedes á que los exploten ó se rebelan contra ello, sintiendo el bofetón de la injusticia. Si lo primero, entonces no he dicho nada; buen provecho con la mansedumbre. Pero tengan por bien entendido que la culpa de lo que pasa es más de ustedes que de los otros.

Dijo esto Juan con tal fuego, con acento tan incisivo, que por algunos minutos, ninguno de los interlocutores supo qué contestar. Pasmábales la agitación del señorito, á quien tenían por hombre mesurado, metido en sí y no de armas tomar. El alcalde, que era muy mal pensado, llegó á suponer si Juan habría bebido un poco. — «Ello ha de ser algo así — se dijo, — porque, cosa más rara que este repente!» Por si acaso, y á todo evento, acudió á su marrullería.

— Vaya, señores — dijo rompiendo el silencio. — Falta poco para mediodía y hay que ir pensando en comer. Por ahora, eso es lo positivo.

Los otros se cogieron á esta salida para resolver lo embarazoso de la situación.

— Vamos — asintió Juan, que empezaba ya á reaccionar contra su *ex abrupto* y á sentir cierto desasosiego por todo lo dicho.

El grupo se disolvió rápidamente, á tiempo que aparecían de nuevo en la plaza doña Micaela y los suyos.

— Ya veo ahí á mi familia — dijo Juan, alargando una mano al alcalde. — Hasta luego.

Y echó á andar cada vez más confuso, llevando en el alma una inquietud indefinible, que trocaba en tristeza la alegría y el contento de antes.

■■■■■■■■■■

XXX

Trató de disimular su estado de ánimo y lo consiguió durante el camino de vuelta á la casa y en la comida; pero luego temió descubrirse en las conversaciones de sobremesa, y se levantó apenas servidos los postres, pretextando que tenía algo de neuralgia y quería tomar el aire libre del campo. Como ya estaban todos acostumbrados á estas cosas, le dejaron ir sin objeción ninguna. Salió de la finca y encaminóse al azar, por acequias y senderos, apartándose de los sitios en que había casas.

Combatíanle ideas opuestas. Por un lado, disgustábale no haberse sabido dominar delante de gentes extrañas, y sentía miedo de sonar su alma y hallarla invadida nuevamente por la intranquilidad; por otro, el interés que la cuestión del riego le había despertado, acrecido por las lecturas, por el recuerdo de las escenas de Samanet y por el hecho mismo de sus palabras de aquella mañana,

haciale ver como meritoria y digna su preocupación y le llevaba á fortalecerse en la idea de convencer á los labradores de lo necesario que era reanudar la antigua lucha.

De nuevo, todo el fondo batallador de su carácter se revelaba, amenazando reconquistar muy de prisa el anterior predominio. Las mismas ilusiones de justicia y de éxito; la misma creencia en el deber de luchar y en la vergüenza de la resignación, que le habían impelido por tantos años á consumir su vida en esfuerzos que se estrellaban, las más de las veces, en la enorme resistencia pasiva de los vicios seculares que quería desarraigat, repetíanse en lo hondo de su alma y trataban de arrastrarla á la excitación, venciendo la tendencia al reposo. Pero éste era, todavía, un enemigo formidable. Todos sus halagos, todas las dichas gozadas con él, resurgían y acentuaban sus líneas en la memoria, como justificando su valor y su derecho al respeto. Las horas de íntima comunión con la Naturaleza; los propósitos en ocasión tal nacidos; el inefable descanso que trajeran al dolorido ánimo y la grata perspectiva de un mañana lleno de paz y de contento de sí propio, revivían también en el espíritu y obraban como señuelos de la voluntad. Todos los argumentos empleados en favor de la nueva vida y contra la anterior, repetíase los Juan, reforzándolos con otras razones para oponer fuerte muralla al desasosiego, al prurito de lucha que le invadía, procurando no oír sus voces, negándose á dejarse llevar

por él. Y en todo esto, aterrábale singularmente la repetición de un estado que, ya por dos veces desde su llegada á Ronesa, había venido á turbar el reposo conseguido con la conciencia del peligro de perderlo. La inseguridad de su curación, lo deleznable de su triunfo, que así se revelaban, entristecíanlo hondamente.

El rápido cambio de los primeros días ¡le hizo confiar de tal manera en la victoria! ¡Se creyó tan otro, tan adueñado por el ambiente de paz que le rodeaba! El contraste con la pasada vida ¡era tan grande y tan consolador, tan lleno de promesas, tan abierto de horizontes serenos é insondables! Y con todo eso, ¡había bastado oír una conversación entre pescadores, presenciar una escena de miseria y de dolo como tantas que en el mundo hay, leer unos papeles de historia, para que el edificio entero se bambolease y perdieran todo su efecto las influencias acumuladas y que parecían invencibles!

En la ceguera que suele acompañar á todos los momentos de crisis, Juan no se explicaba aquellos retrocesos. Resistíase á creer en la ineficacia de los sedantes buscados; continuaba afirmando plenamente el carácter ocasional y pasajero de las inquietudes del espíritu, que tiende por sí mismo á la serenidad, responde á toda acción que hacia ésta le empuja y sólo la rompe cuando el medio le rodea de excitantes. Cada vez que en su desorientación actual apuntaba una explicación base de decisiones y remedios, inclinábase Juan á acusarse de imprudencia, de puro descuido, de no haber apar-

tado con tiento las ocasiones de perturbación, las pocas que allí podía encontrar y con las que había chocado inmediatamente. Aferrábase á esta idea, que hacía consistir en las causas exteriores y en la pura casualidad de su encuentro, las oscilaciones del espíritu, los retornos á la antigua fiebre de combatividad, duramente pagada. Ayudábanle á pensar así las doctrinas comúnmente oídas, la importancia otorgada por éstas, y aun por la opinión vulgar, al medio ambiente como determinante de las acciones humanas; y, á medida que reflexionaba sobre semejante explicación, le parecía más y más plausible, pues su consecuencia lógica era que el procedimiento sencillo y natural para restablecer el reposo consistía en prever las tentaciones, en huirlas y en acentuar el aislamiento.

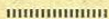
Ni por un instante se le ocurrió que la causa pudiera estar en sí propio y necesitara otras prevenciones y remedios. Recordaba á Horacio, á Fray Luis de León, al Marqués de Santillana, con sus elogios del campo y del apartamiento del mundo, y volvía á las ilusiones de un vivir sencillo y apacible, con penetración de la Naturaleza mucho más honda é íntima que sus modelos, tal como había llegado á sentirla en instantes de verdadera libertad de su espíritu, dejándose dominar por el espectáculo de las cosas.

Pero ante todas estas reflexiones y seguridades, estaba el hecho de la intranquilidad actual, la mordedura de aquella dramática cuestión del agua

que una y otra vez venía á deslumbrarle con sus cualidades de lucha por el derecho. Y que tenía fuerza en su espíritu, lo demostraba bien la explosión de por la mañana, promovida por una simple frase incidental, sin que respondiese á una excitación previa de los interesados. Al volver aquí, en el curso de sus meditaciones, Juan quedaba perplejo y recomenzaba la lucha entre las dos inclinaciones que se disputaban su ánimo.

Largo rato vagó así por la llanura, y de pronto se sintió fatigado por el continuo caminar, sin rumbo y sin objeto. Miró á todos lados para darse cuenta del sitio en que se hallaba, y advirtió que había remontado el barranquillo hasta un punto en que los elevados ribazos encajonaban el lecho pedregoso, sembrado de adelfas. El lugar era triste y sombrío. Buscó Juan un sendero para dominar la altura; y ya en ella, se sentó en el borde mismo, de cara al pueblo, cuyas casas destacábanse como manchas blancas y rojas, de contornos interrumpidos por el follaje de la arboleda.

La diafanidad del aire dejaba llegar con pureza extraordinaria el timbre de las campanas, que volteaban alegremente. A él se unió bien pronto el estampido de los petardos; y en cuanto cesó, elevóse tenue y quejumbroso el sonido de la dulzaina, preludiando la Marcha Real.



XXXI

Caía la tarde, en un crepúsculo prolongado, opalino, que ni una sola nube velaba, cuando Juan llegó á Ronesa. Le pareció oír rumor de muchas voces en el piso alto y estuvo á punto de meterse en su habitación y esperar á que los visitantes marchasen. El largo paseo y el descanso en pleno campo, solitario y tranquilo, le habían aliviado algo la pesadumbre de sus cavilaciones, y quería conservar aquel semiequilibrio el mayor tiempo posible. Pero cuando ya tenía puesta la mano en el picaporte de su alcoba de la planta baja, en aquel momento desierta, sonó arriba el piano con las primeras notas de un concierto de Mendelsshon. Hacía muchos años que Juan no oía aquella música, familiar para él en cierto período de su vida, y se estremeció al escucharla de nuevo, allí, en su casa, donde menos podía esperarlo. El piano era en Ronesa un mueble de lujo. Doña Micaela, que había sido muy aficionada á él, lo tenía abandonado; y